

bajadores mexicanos indocumentados en los EE UU, habría que tomar en consideración los factores del extraordinario "push" de México y los factores del "pull" de este lado de la frontera. Quizá mejoraría el equilibrio. Sería una idea obvia construir más industrias inmediatamente al sur de la frontera. Alentar y financiar este desarrollo. Pero Carter no lo hizo, lo cual demuestra, una vez más, el descuido de las relaciones de los EE UU con México, lo cual también es una acusación a la administración misma."

McWilliams sigue siendo un ojo crítico de la política norteamericana con México. Habría que declararlo Señor Amigo.

Lya Cardoza

P.D. Seguramente aparecerá en breve alguna telenovela sobre la burbuja de Three Miles. Será un éxito con un happy end... si antes no nos vemos en el Valle de Josafat.

Crítica al sesgo

Ciorán el escéptico y Claribel Alegría.

E. M. Cioran es un pensador que puede ser leído como un gran poeta de la catástrofe, o como un filósofo a lo Samuel Beckett: ambos están empeñados, con furia y asco, en la misma tarea de demolición de todos los conceptos que dan coherencia a nuestro mundo y a nuestra situación en él. Ignoro el grado de aceptación y prestigio que tiene Cioran en los círculos filosóficos europeos, pero entre los escritores y otros creadores de hoy su influencia y su autoridad son muy grandes. Su mortal escepticismo es un signo de nuestros tiempos, en el que muchos nos reconocemos. La originalidad de Cioran, creo, no está en el planteamiento de ese rabioso y burlón nihilismo que empapa toda su obra, sino en la forma que su visión adopta. Su prosa tiene un brillo tan definido y seductor que pasa inclusive a las versiones en español;



ese estilo descarnado, filoso, cínico, es también su pensamiento. Como otros grandes escritores del presente siglo (como Apollinaire, como Ionesco, como el propio Beckett), este autor francés no es francés: su país de origen es Rumania. Esa paradoja se explica por otra paradoja: nadie mejor que el emigrado puede usar una lengua extranjera, una vez adquirida y adoptada por su sensibilidad, con una conciencia hipercrítica, con una sutileza endiablada, con una pizca de desconfianza y malicia: la del que sabe que usa como propia una lengua ajena.

Los títulos de los libros de Cioran no pueden ser más precisos (y más bellos) en el rechazo total que prometen: *Breviario de la podredumbre*, *Silogismos de la amargura*, *La tentación de existir*, *El aciago demiurgo*, *Del inconveniente de haber nacido*, etc. De esos títulos conocía sólo el primero y el último, aparte de numerosos ensayos sueltos leídos en revistas. Ahora conozco



también *La caída en el tiempo* (Caracas: Monte Avila, 1977), en traducción de la mexicana Esther Seligson. La misma Seligson ha traducido una selección de ensayos y aforismos inéditos o entresacados de otros libros, bajo el título de *Contra la historia* (Barcelona: Tusquets, 1976). Inexplicablemente, incluye allí tres trabajos que forman parte de la época de *La caída en el tiempo*; más inexplicablemente todavía, sus versiones difieren de libro a libro.

La forma del aforismo es la que mejor expresa el pensamiento irritado y terminante de Cioran, quizá porque el género es, por definición, el vehículo característico del pensamiento escéptico y sin atenuantes, desde la Rochefoucauld hasta las bromas glaciales de Ambrose Bierce. En *Contra la historia* encontramos estos "silogismos": "En este 'gran dormitorio' que es el mundo, según llama un texto taoísta al universo, la pesadilla es la única forma de lucidez"; "Entre el Tedio y el Extasis, se desarrolla toda nuestra experiencia del tiempo". O esta explosión herética: "Aristóteles, Tomás de Aquino, Hegel —tres esclavizadores del espíritu. La peor forma de despotismo es el sistema, en filosofía y en todo". Gracias a sus tres diferentes series de aforismos, este libro hecho de otros libros me resulta, curiosamente, más interesante y sobre todo más convincente que *La caída en el tiempo*, aunque éste sea más orgánico. Desarrollado en un ensayo más o menos extenso su pensamiento parece perder fuerza; como parte de un libro, sus ensayos me impresionan menos que como textos independientes. Cioran es la víctima de su propio dictum: su filosofía es asistemática y "el libro" no es un objeto que le convenga demasiado. Leídos uno tras otro, sus ensayos se me hacen monótonos —aunque brillan y aquí y allá como relámpagos— y hasta el escepticismo naufraga en la sobresaturación. Encuentro mucho de compartible en su odio a la civilización y en su irónica nostalgia del bárbaro, pero no al punto de entender su romántica visión del analfabetismo: "pues, a fin de cuentas, ¿es un mal no saber leer ni escribir? Francamente no lo creo. E incluso pienso que deberemos vestir luto por el hombre cuando desaparezca el último iletrado". Es difícil que un europeo, escéptico o no, pueda opinar con más realismo que un hispanoamericano sobre este asunto: nuestros pueblos saben lo que es llevar más bien el luto de la ignoran-

cia. Satanizar la civilización me parece menos peligroso que santificar aquélla. Me gusta el otro Cioran: el indiscutible maestro de la frase cáustica, que no propone nada sino que habla de sí mismo y cuya noción central de la inutilidad de la existencia ya está en Calderón: *el delito mayor del hombre es haber nacido*.

Hasta recibir *Sobrevivo* (La Habana: Casa de las Américas, 1978) no sabía que Claribel Alegria había obtenido el Premio de Poesía que otorgó ese año la conocida institución cubana. Los libros poéticos de esta escritora salvadoreña nacida en Nicaragua y ahora residente en Mallorca, son verdaderamente inaccesibles; los lectores quizá la recuerden mejor por su novela *Cenizas de Izalco* (1966), escrita en colaboración con su esposo, Darwin J. Flakoll, y por *El detén* (1977), excelente novela corta que, sin ningún ruido, es una de las mejores obras narrativas hispanoamericanas de esta década. Los premios Casa de las Américas, especialmente los de los últimos años, no siempre honran a quienes los reciben: las consideraciones no literarias son muchas veces evidentes. *Sobrevivo* merece realmente leerse, no porque el conjunto sea muy parejo en su calidad, sino porque contiene algunos poemas que pueden considerarse los mejores que haya escrito la autora, cuya poesía posee un perfil muy personal y apreciable a partir de la década del 50. (No hablo sólo del contexto literario de su país, que tiene una tradición poética pobre. Acabo de leer por casualidad una antología de la *Poesía femenina de El Salvador*, de 1976, y aunque allí hay un par de nombres que inspiran interés —los de Claudia Lars y Dora Guerra—, no encuentro otra voz tan inconfundible, tan nueva como la de Claribel Alegria. Tampoco puedo ni debo discutir aquí la aberrante designación *poesía femenina*, que queriendo privilegiar en verdad discrimina. Sencillamente no hay *poesía femenina* porque no hay nada que pueda llamarse *poesía masculina*.) Adelantándose a muchos poetas mejor conocidos ahora, Claribel ensayó temprano la total sencillez de la poesía, el tono oral y casi familiar, la textura narrativa, la anécdota humorística y el elemento popular. Su esfuerzo coincide con las búsquedas poéticas que han realizado también, a su modo, Mario Benedetti, Sebastián Salazar Bondy y, en cierta época, Ernesto Cardenal.

Sobrevivo es un buen título porque la preocupación central de la autora es la in-



dagación y cuestionamiento de su propia existencia, de lo que ésta significa al proyectarse sobre la vida de los otros, los suyos inmediatos pero también los hombres de su país, los hombres de su tiempo. El delgado volumen contiene 23 composiciones, varias muy breves y unas pocas extensas. De todas ellas, las que más me impresionan son "Sorrow", "Tamalitos de Cambray" y "Confesión". El primer poema es sin duda el más ambicioso del libro y tal vez el más conmovido: es un homenaje en memoria del también salvadoreño Roque Dalton, el militante poeta de izquierda que fue asesinado por gente de izquierda. El texto de Claribel se entrelaza con citas de otros poetas que pertenecen a la estirpe luchadora de Dalton: Neruda, Hernández, Vallejo. Su intención es clara: no está escribiendo un homenaje personal, sino colaborando en el poema de todos a la memoria del poeta muerto,

el poema río
que nos sostiene a todos
y es tan sustantivo
como el catre
el poema que todos escribimos
con lágrimas
y uñas
y carbón.

"Confesión" reconstruye una escena religiosa que parece arrancada de las páginas de *El detén*: la niña ante el confesor revelando sus pecados, exhibiendo una inocencia maliciosa e irresistible. Y al final el brochazo burlón: la verdadera confesión no es esta ceremonia, sino que está en sus libros, en el gesto en sí mismo imperdonable de escribir poesía. Pero el poema que

más me gusta es "Tamalitos de Cambray" que es todo él una parodia, de humor muy delicado y muy crítico en su alusión a la domesticidad de su vida de mujer; el texto adopta la forma de una receta de cocina, que inadvertidamente se va deslizando hacia otro plano, el de la situación política ("una bolsita de oro multinacional/ dos dientes de dragón/ una zanahoria presidencial..."), y que culmina con una sarcástica promesa: "lo pones todo a cocer/ a fuego lento/ por quinientos años y verás qué sabor". Poesía sin pretensión pero auténtica, de superficies humildes pero repliegues hondos, la de Claribel Alegria sigue esperando la difusión que merece.

José Miguel Oviedo

Notas sobre lecturas

Dante y Joyce: Obras de Juventud

Quizá un acercamiento entre las obras juveniles de Dante y Joyce pueda parecer arbitrario o un tanto general, pero una reciente lectura del *Retrato del artista adolescente* me llevó, por asociación, a la atmósfera de *La vida nueva* de Dante; por supuesto no quiero hablar de influencias directas de Dante en Joyce, aún cuando éste haya conocido al gran florentino. De hecho Joyce fue un gran estudioso del medioevo, cuya teología le sirvió como punto de partida para elaborar su poética, y tuvo, además, un rico *bagage* cultural que le permitió *excursus* y reminiscencias asombrosas por toda su obra.

Por otro lado, vislumbrar interrelaciones o semejanzas no haría más que comprobar la unidad en el tiempo y en el espacio de la literatura europea, tesis que E.R. Curtius sostiene a lo largo de su precioso libro, *Literatura europea y edad media latina*. La literatura europea es una "unidad de sentido" que se escapa a la mirada si la fragmentamos; unidad, conjunto, que comprende 26 siglos, dice Curtius, desde Homero hasta Joyce; y nosotros podemos añadir: hasta Joyce o Hesse.